



El nuevo Jefe de Estado nigeriano, Murtala Mohammed, escucha las explicaciones que su jefe de Estado Mayor da a los periodistas durante una rueda de prensa.

NIGERIA

Golpe militar

● Cuando se celebraba en Kampala la Conferencia de Jefes de Estado de la Organización de Unidad Africana, uno de los presentes se quedó sin cargo: el general Gowon, de Nigeria. No es la primera vez que se produce un golpe de Estado aprovechando la ausencia del jefe máximo: se ve que el mito de la presencia en el cargo tiene mucha fuerza. Varios Jefes de Estado de la OUA regresaron apresuradamente a sus países, y la conferencia se suspendió. Para muchos, el golpe de Estado de Nigeria fue un pretexto para dar de lado una reunión poco cómoda, donde los temas de la unidad africana aparecen cada vez más lejanos.

Gowon ha caído derribado por el que era su hombre de confianza —en política no hay confianza—, el general Murtala Mohammed. No ha habido sangre ni dificultades: es una característica general de estos golpes africanos, generalmente con protagonistas militares. Las poblaciones no se mezclan demasiado: tienen una filosofía resignada que les presenta como iguales a todos los grandes del país. La sangre ha corrido ya en abundancia en Nigeria en los años que siguieron a su independencia (1960, dentro de la Commonwealth; República en 1963). Ha habido matanzas tribales y hubo, sobre todo, la mortífera guerra de Biafra, cuando aquella región quiso declararse independiente del poder central: casi tres años de matanzas, de hambre, de miseria. Todo ello bajo la presidencia de Gowon, que había prometido la entrega del poder a los civiles para 1976, pero que después se había retractado y mantenía el estado de urgencia.

Gowon mantenía una especie de heterodoxia dentro del grupo afri-

cano. Había visitado Israel y mantenía la tesis de que el Estado judío debía prevalecer: había visitado China y favorecía las relaciones con ese país en vez de con la Unión Soviética. Militar de escuela inglesa, cristiano de misión protestante, parecía austero, severo, puntual y eficaz, en contraste con la leyenda africana de molición y olvido del tiempo y las reglas. Fueron estas condiciones las que hicieron que sus compañeros de ejército le eligieran para enfrentarse con el secesionismo de Biafra: su manera de conducir la guerra, si bien fue cruel —¿qué guerra no lo es?—, le conquistó el prestigio de ser el reunificador del país. Reunificación que no correspondía exactamente a una tradición o una lejanía histó-



General Gowon, el derribado Jefe de Estado nigeriano. Gowon recibió la noticia del golpe militar en Kampala, donde asistía a la reunión de la OUA.

rica: el país había sido creado por los colonizadores británicos sin respeto de costumbres, lenguas o religiones, construyendo por su conveniencia propia una entidad de 80 millones de habitantes —es el más poblado de África— sobre 928.000 kilómetros cuadrados de territorio, con una producción de petróleo importante —el sexto país del mundo—: 120 millones de toneladas en 1974—, buena producción de carbón —el primer país de África— y excelente de estaño —el sexto país del mundo—. Estas riquezas tuvieron bastante que ver con su guerra civil: la independencia de Biafra estaba apoyada por empresas extranjeras.

Gowon se había ganado la fama de buen gestor de las contradicciones de Nigeria. Si la guerra civil había sido cruel, procuró que la posguerra fuese suave y evitó —hasta donde pudo— las represalias. Las dificultades del Norte y el Sur, el continuo crecimiento de fuerza de los sindicatos —utilizados como salida política a falta de otras—, las aspiraciones a la modernidad de los estudiantes, las envidias de los otros militares, las diferencias agudas de clases sociales, los odios de religión y de raza, el reparto de las riquezas minerales, las acusaciones de corrupción, las presiones continuas de los civiles para restablecer la Constitución, el Parlamento, la democracia... Este último tema se envenenó a partir de 1974, cuando al celebrar su catorce aniversario de estancia en el poder —1 de octubre—, Gowon anunció que no cedería el poder a los civiles. A partir de ese momento, las fuerzas que habían estado esperando y que se veían decepcionadas se hicieron más fuertes: los sindicatos desencadenaron huelgas, los estudiantes promovieron protestas en nombre de la democracia, los periódicos pidieron Constitución y el poder anunció el descubrimiento de un «complot civil» para el que anunció una represión que podría llegar al pelotón de ejecución. Estudiantes y obreros fueron denunciados como instrumentos de una «subversión».

Entre los hombres que elevaron a Gowon y que pertenecían a su círculo interior estaba Murtala Mohammed, un musulmán que en estos momentos era ministro de Comunicaciones. Había comenzado la guerra contra los secesionistas an-

tes incluso que Gowon, cuya jefatura había aceptado y propuesto. Como coronel había desarrollado brillantes campañas en la guerra civil que le habían valido el grado de general. Tenía buena escuela militar: la de Sandhurst. Ha sido jefe de destacamento de los soldados de las Naciones Unidas en el Congo (los «casco azul») y se le supone un excelente técnico en transmisiones, de ahí su cargo de ministro de Comunicaciones.

¿Por qué se ha alzado contra Gowon, al que tantas cosas le unían, entre ellas una identidad de puntos de vista militares, políticos y económicos? No parece que haya sido él el autor del golpe de Estado. Parece más bien un movimiento militar profundo que ha elegido a Murtala Mohammed para continuar una política que tenían que Gowon no pudiese seguir adelante. Se trata más bien de un cambio de persona que de política. A menos que haya oscuras —más bien claras— manos manejándolo todo.

Todos los altos cargos militares han cambiado de manos. Todos los gobernadores civiles, todos los ministros, han sido automáticamente depuestos. Algunos generales han recibido el retiro forzoso. Entre ellos, el propio Gowon, que, según el nuevo Jefe de Estado, podrá regresar a Nigeria para vivir como general retirado, con su familia.

Para los aficionados a las cifras, este es el vigésimo noveno golpe de Estado en el África negra en los últimos doce años. Un dato más que se añade a la fragilidad gubernamental de estos países de reciente creación por la vía de la independencia. Los protagonistas habituales son los militares. De los veinte Jefes de Estado que estaban reunidos en Kampala cuando se recibió la noticia de la caída de uno de ellos, quince son militares que han llegado al poder mediante golpes de Estado. Parece que este sistema se ha convertido en la única vía posible de realizar cambios políticos, cambios que en realidad no lo son, porque las circunstancias de cada país siguen siendo, sensiblemente, las mismas. La colonización creó fronteras artificiales (dividiendo lo unido o uniendo lo separado por razones de etnia) y el neocolonialismo no permite una estructuración económica nueva y eficaz.

CUBA

Un desbloqueo formal

● La sesión de los ministros de Asuntos Exteriores de la Unión de Estados Americanos en San José de Costa Rica, que ha decidido el levantamiento del bloqueo de Cuba, era más bien de puro trámite: de antemano se sabía el resultado final, conseguido después de varios años de lucha y de labor tenaz por algunos estados que —co-

mo México— consideraban injusto y contraproducente el bloqueo y el aislamiento. El propio México se había preocupado, antes de la sesión, de recoger la seguridad de votos positivos de otros países: entre ellos, desde luego, Estados Unidos, autor inicial de las sanciones, y convencido ya de su inutilidad. Con él, otros países conocidos por

su oposición a Cuba, como Bolivia y Nicaragua. Sólo tres países de los 21 reunidos han votado en contra, más que nada para afirmar sus posiciones políticas de extrema derecha: Chile, Paraguay, Uruguay. Estos tres países emitieron incluso dudas sobre la legalidad de la reunión, y advirtió que Cuba «constituía aún una amenaza para la seguridad interna de sus vecinos» y que no había cambiado de política desde que en 1964 le fuese impuesto el embargo. Otros dos países anti-cubanos, Brasil y Nicaragua, se limitaron a abstenerse en la votación. Con el resultado final de 16 votos a favor del levantamiento de las sanciones, tres en contra y dos abstenciones terminó la reunión.

El alegato del Grupo Pro Sanciones de que Cuba no ha modificado su política desde 1964 —cuando Venezuela fue la encargada de denunciar la situación y pedir las sanciones, con el motivo de la «exportación de la revolución»— es totalmente cierta, de una manera general: los cambios producidos en Cuba durante este tiempo han sido más bien adecuaciones de una línea revolucionaria interior de modificación de objetivos. Lo que pone de manifiesto esta constatación es el cambio de las circunstancias mundiales y de una cierta mentalidad política que ha dejado de ser válida. En primer lugar, a escala local, el fracaso de las contrarrevoluciones lanzadas o patrocinadas por los Estados Unidos, como el intento de desembarco en Bahía de los Cochinos o la «cuarentena» de la «crisis de los cohetes» en 1962; en segundo lugar, la certidumbre de que la revolución cubana, a los dieciséis años de su implantación, es ya un hecho irreversible, un punto fijo en el plano de la situación internacional. A escala mayor, los progresos de la línea de la coexistencia en el mundo, que han conducido a sucesos mayores, como el reconocimiento de China por las Naciones Unidas y el viaje de Nixon a Pekín, o las crecientes relaciones de todos los países de occidente con la URSS y los países comunistas.

Puede considerarse el final de las sanciones a Cuba como un hecho más inscrito en este apaciguamiento o reducción de tensiones del mundo, y a la nueva situación del continente americano. Pero tampoco hay que olvidar uno de los alegatos que han sido hechos en la OEA por los países partidarios de la suspensión de las sanciones: que en la realidad no ha habido «exportación de la revolución cubana». Todos los intentos guerrilleros o legalistas han ido fracasando, desde el de los «tupamaros» o las guerrillas del «Che» en Bolivia hasta la revolución electoral de Allende. Quedan en pie otros experimentos, como el peruano, pero son de índole distinta. La esperanza de unos y el temor de otros de que desde Cuba irradiase, aún sin la voluntad directa del gobierno cubano, y si

por lo que pudiera tener de ejemplo, una revolución general latinoamericana no ha sucedido. Por el contrario, desde la fecha de la expulsión de Cuba —o de la suspensión de sus derechos— de la OEA en 1961, desde el bloqueo de 1964, la contrarrevolución ha ganado puntos clave, como el de Chile y el de Argentina (aunque en esta última la solución esté en estos momentos aún en el aire), o como estos Paraguay y Uruguay que ahora han votado en contra.

El final de las sanciones tampoco indica que Cuba vaya a entablar relaciones diplomáticas con todos los países. El texto votado únicamente determina que las sanciones dejan de ser obligatorias para los miembros de la OEA (no lo fueron nunca en realidad: México mantuvo siempre relaciones diplomáticas y económicas con Cuba, y otros ocho países han ido reanudándolas en este tiempo sin aceptar la orden de la OEA, que ha perdido en este debate más de lo que quiso hacer perder a Cuba: por lo menos, en prestigio y en consistencia) para convertirse en «voluntarias». Esta libertad sólo será utilizada para mantener el bloqueo probablemente por las tres naciones que han votado en contra, posiblemente por las dos que se han abstenido: pero cabe esperar que en un plazo inmediato las naciones que han votado a favor de Cuba y que aún no tienen relaciones diplomáticas y económicas las establezcan. Quizá con la excepción de los Estados Unidos.

El contencioso de Estados Unidos con Cuba es importante, y el «lobby» o grupo de presión de Washington, a pesar de la caída de Nixon, que era su principal valedor —por sus relaciones con el dinero cubano en el exilio manejado por «Bebé» Rebozo—, sigue teniendo influencia. El Foreign Claims Settlement Commission, nombrado por el Congreso, mantiene que Cuba adeuda a sociedades y particulares de los Estados Unidos unos dos mil millones de dólares, por propiedades nacionalizadas e incautadas, y preconizará el cobro de esa deuda antes de que se puedan entablar relaciones diplomáticas normales. La Habana excluye totalmente la posibilidad de ese pago, ni de cualquier otro: las nacionalizaciones están consideradas como actos de restitución de bienes cubanos que habían sido ocupados por un estado extranjero, y sostiene que los beneficios retirados de Cuba por los Estados Unidos amortizan sobradamente las propiedades incautadas. La posibilidad de un entendimiento de Washington con Cuba al estilo chino —algún viaje extraoficial de Kissinger, las visitas de hombres de negocios— sin intercambio de embajadores parece ser la próxima etapa. No parece, por otra parte, que Fidel Castro tenga ninguna prisa, por lo menos aparentemente, para acelerar las relaciones. Entre sus reclamaciones a

Estados Unidos está la base de Guantanamo y el continuo foco de agresión que significan las organizaciones más o menos secretas de exiliados cubanos protegidas por la CIA y otros organismos de Estados Unidos en Florida, a unas millas marítimas de la isla de Cuba.

Fidel Castro no ha tratado de presentar el fin del bloqueo económico como el principio de una nueva era de prosperidad para el país. Por el contrario, en un discurso pronunciado mientras se celebraba la reunión de San José de Costa Rica, y conociendo ya el resultado que iban a tener las votaciones, Castro advirtió a su pueblo de la proximidad de «años difíciles». Se estaba refiriendo a la caída del pre-

cio del azúcar en los mercados mundiales y a la sequía que desde hace un año impera en la isla y que ha reducido notablemente la zafra (la actual no va a sobrepasar probablemente los cinco millones y medio de toneladas, lo cual supone un millón menos de toneladas que el año anterior. Castro ha anunciado que las divisas que van a dejar de entrar, tanto por la caída de los precios en los mercados internacionales (la Unión Soviética continúa pagando los mismos precios y adquiriendo la mayor parte de la cosecha por razones políticas de ayuda a Cuba) como por la sequía habrá de ser enjugada, en parte, por la reducción de compras al extranjero de productos industriales.

TURQUÍA

Las bases americanas

El 24 de julio, el Congreso de los Estados Unidos votaba la continuación del embargo de armas y material militar a Turquía; al día siguiente, el gobierno turco comunicaba al embajador de los Estados Unidos que había decidido recuperar el control de todas las bases americanas en su territorio median-

Las armas y material que debían enviarse a Turquía representaban un valor de 185 millones de dólares, parte de los cuales habían sido ya pagados por los turcos. A pesar de todo, la Cámara votó en contra del envío de armas por 223 votos contra 206. El resultado se debe no sólo a la situación minoritaria del



Una de las bases norteamericanas en Turquía que ahora han quedado bajo control turco. La decisión turca ha sido tomada al negarse el Congreso USA a levantar el embargo de armas que pesa sobre esta nación.

te un «estatuto especial» que comenzaba a regir el sábado 26. El voto de la Cámara de Representantes representaba en primer lugar una derrota de Ford y de Kissinger, que habían insistido para que se levantara el embargo impuesto como castigo a la actuación turca en Chipre, teniendo en cuenta que los intereses militares en Turquía, en la frontera con la URSS, son «vitales» para la seguridad americana.

partido demócrata que apoya al Presidente, sino a la capacidad de presión del «lobby» griego.

Mientras Ford solicitaba de la Cámara que volviese atrás de su decisión (lo cual ya no podrá hacer hasta el mes de septiembre), Turquía declaraba caduco el acuerdo de 3 de julio de 1969 sobre permanencia de instalaciones y personal militar en su territorio (instalaciones y personal americano están allí